

NOTAS

EL PASO DE USPALLATA EN LA VISIÓN DE ALGUNOS VIAJEROS DEL SIGLO XIX*

Elena Duplancic de Elgueta
Universidad Nacional de Cuyo

En el paralelo de 33 grados sur corta Los Andes un angosto camino que llega a 3500 metros de altura máxima en “la cumbre” y une las ciudades de Mendoza, en Argentina y Santa Rosa de los Andes, en Chile. Desde allí el camino se puede dirigir a Santiago o a Valparaíso. Este recorrido atraviesa dos cadenas montañosas separadas por un valle: la sierra de Uspallata y la cordillera de Los Andes propiamente dicha. Algunos centros de interés son las termas de Villavicencio, el Puente del Inca (formación natural en un sitio donde surgen también aguas termales), el cerro Aconcagua (mayor altura en todos Los Andes), la laguna del Inca (espejo de agua sin desagüe evidente). Ya que el camino atraviesa una frontera internacional el viajero debe enfrentar el paso de las aduanas respectivas de Chile y Argentina las cuales eran, en el pasado, precarios establecimientos ubicados a bastante distancia del límite real marcado por la cumbre.

En el siglo XIX el paso de Uspallata era el camino obligado de aquellos que deseaban viajar entre Buenos Aires y Santiago sin aventurarse por el peligroso estrecho de Magallanes. El cruce, entre elevadas alturas y profundos precipicios, era parte de los más de mil kilómetros que separan ambas capitales. En 1817 éste fue, también, el paso por el cual

* Una versión en inglés de este trabajo, con pequeñas modificaciones, fue presentada en el XII Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, en Munich, agosto de 1988, y publicado en las Actas editadas por Iudicium, en el volumen 2, pp.378-383.

el general José de San Martín condujo a su ejército, durante la guerra de la independencia, hacia Chile y Perú. Básicamente la actual ruta internacional sigue el mismo rumbo, pero, lo que en la actualidad puede ser recorrido en cinco horas, fue en el siglo pasado una excursión que obligaba a marchar varios días a lomo de mula, sufriendo dificultades impuestas por la altura y el frío. Numerosos son los viajeros que hicieron esta ruta y luego volcaron sus impresiones en relatos de viajes. Alemanes, franceses, italianos, principalmente ingleses y también argentinos y chilenos¹.

Si bien es difícil generalizar sobre la base de escritos de origen tan diverso trataremos ahora de presentar el paso de Uspallata visto por viajeros que lo cruzaron durante el siglo XIX. Dos acontecimientos motivan esta limitación temporal: la guerra de la independencia a comienzos de siglo, que terminó con el monopolio español en Sudamérica, y, hacia el final de la centuria, la instalación del ferrocarril trasandino, que modificaría las características del cruce en duración y calidad. Será nuestro propósito descubrir, a través de los relatos de los viajeros que usaron este paso, la riqueza del mismo como espacio literario. Se trata de un paisaje árido y monótono que pone a prueba la resistencia del viajero. No encontramos en él, por ejemplo, el exotismo tropical de los relatos de Humboldt cuando cruzó Los Andes colombianos por el paso del Quindío, pero nos brindará, en cambio una rica gama de diferentes apreciaciones.

¹ Los viajeros extranjeros, principalmente ingleses, que recorrieron la Argentina han sido estudiados, recopilados y traducidos ampliamente. Mencionaremos a Carlos Cordero. *Los relatos de los viajeros extranjeros posteriores a la Revolución de Mayo como fuentes de Historia Argentina*. Buenos Aires, Coni, 1936; Edmundo Correas. "Mendoza a través de los viajeros". En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, segunda época, n. 7, tomo 2, pp.541-575, 1972; Fernando Morales Guinazú. *Villavicencio a través de la historia*. Mendoza, Peuser, 1943; Susana Santos Gómez. *Bibliografía de viajeros a la Argentina*, Buenos Aires, FECIC, 1983, dos tomos; Samuel Trifilo. *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860*. Buenos Aires, Gure, 1959, destacamos este estudio por su importancia metodológica; José E. Uriburu. *La República Argentina a través de las obras de los escritores ingleses*. Buenos Aires, Claridad, 1948.

Los viajeros

Los viajeros europeos eran personajes cultos que escribían para sus compatriotas, lectores ávidos de relatos de viaje. Ellos trataban de confirmar las expectativas sobre la cordillera de Los Andes creadas a su vez por lecturas de relatos anteriores. Comparaban el paisaje con su ámbito más familiar, en la mayoría de los casos, los Alpes, y reaccionaban ante la grandiosidad de las montañas que los rodeaban con el registro sistemático de datos precisos como: temperatura, altura, presión atmosférica, características del suelo. Manifestaron su interés por las costumbres locales y por las posibilidades económicas de la zona que recorrían. El cruce de la cordillera abarca uno o pocos capítulos de los tomos que escribieron sobre su visita al Río de la Plata, "las pampas", Chile o Perú². Pero en este trabajo no sólo nos interesan los escritos europeos sino

² De la bibliografía sobre este punto listamos sólo los textos mencionados, incluyendo los autores argentinos y chilenos: H. Burmeister. *Viaje por los Estados del Plata, con referencia especial a la constitución física y al estado de cultura de la República Argentina, realizado en los años 1857, 1858, 1859 y 1860*. Buenos Aires, Unión de Germanistas Argentinos, 1943-44; A. Caldclough. *Travels in South America, during the Years 1819-20-21 containing an Account of the Present State of Brazil, Buenos Ayres and Chile*. London, J. Murray, 1825; Cané, Miguel. *Charlas Literarias*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917; R. Crawford. *Across the Pampas and the Andes*. London, Longman, Green & Co. 1884; Ch. Darwin. *Journal of Researches into the Geology and Natural History of the Various Countries visited during the Voyage of H.M.S. Beagle round the World*. London, Dent & Sons, s.f.; Paul Groussac. *Del Plata al Niágara*. Buenos Aires, Dictio, 1980; A. Guinnard. "Tres años de esclavitud entre los patagones". En: *Viajes por América del Sur*. Madrid, Aguilar, tomo II, cap. XIV; S. Haigh. *Sketches of Buenos Ayres and Chili*. London, E. Wilson, 1831; Jules Mellet. *Viajes por el interior de la América Meridional. 1808-20*. Santiago, Ed. Del Pacífico, 1959; J. Miers. *Travels in Chile and La Plata...* London, Chadock and Joy, 1826; V. Pérez Rosales. *Recuerdos del Pasado (1814-1860)*. Santiago, Zig-Zag, 1886; R. Proctor. *Narrative of a Journey across the Cordillera of the Andes...* London, Constable & Co., 1825; F. I. Rickard. *A Mining Journey across the Great Andes...* London, Smith, Elder & Co., 1863; Domingo Sarmiento. *Memorias*. Buenos Aires, Ed. Culturales Argentinas, 1961; P. Schmidtmeier. *Travels into Chile, over the Andes...* London, Longman, 1924; Max von Thielmann. *Vier Wege durch Amerika*. Leipzig, 1879; B. Vicuña Mackenna. *A través de los Andes...* Santiago, Gutemberg, 1885; B. Vicuña Subercaseaux. *Correrías*. Santiago, Imp. Barcelona, 1911; Eduardo Wilde. *Trozos selectos de Literatura*. Buenos Aires, Peuser, 1915.

también los relatos de viajeros argentinos y chilenos ya que ellos agregan interesantes variaciones sobre los temas: patria-extranjero, libertad o persecución, exilio, guerra-paz.

De los diversos viajeros que se arriesgaron por este paso algunos fueron guiados por un interés científico como Darwin o Burmeister (no cruzó a Chile por Uspallata, sólo recorrió el lado argentino); otros, por sus actividades profesionales como: el ingeniero Robert Crawford quien realizó una expedición de reconocimiento, en 1871, para la instalación de un probable ferrocarril trasandino por encargo de una empresa londinense de acuerdo con el gobierno provincial de Buenos Aires -Benjamín Vicuña Mackenna, chileno, estudió el mismo aspecto-, o F I Rickard, investigador de recursos mineros. Algunos, viajaron bien provistos como Robert Proctor y su familia; otros, lo hicieron en forma más precaria, como A. Guinnard, el francés prisionero de los patagones durante tres años quien, luego de liberarse, cruzó a pie y solo, con escasos alimentos, para embarcarse en Valparaíso rumbo a su patria. Existió el viajero despreocupado que iniciaba un recorrido de aventuras, como el chileno Benjamín Vicuña Subercaseaux, así como el viajero comprometido con una causa política. Este último es el caso de Sarmiento, quien cruzó a Chile varias veces para salvar su vida y, en una ocasión, desde su exilio organizó partidas de auxilio para socorrer a las tropas de su bando que huían derrotadas. Por qué no mencionar también a la valiente Sra. Miers cuyo alumbramiento en Villavicencio y posterior enfermedad tiñen de pesar las páginas de su esposo. No podemos olvidar el viaje de diplomáticos, de hombres de estado como Miguel Cané, Eduardo Wilde, Vicente Pérez Rosales o Benjamín Vicuña Mackenna, de pensadores como el franco-argentino Paul Groussac o del fantasioso Jules Mellet, quien, debido a las abundantes imprecisiones de su relato, aparentemente no viajó en realidad por este paisaje.

El viaje

La difícil jornada no se iniciaba sin los correspondientes preparativos: alquiler de mulas, contrato de arriero y peones quienes reunían alimentos y abrigo. Estas actividades permiten a Peter Schmidtmeier interrumpir

la historia principal de su viaje para intercalar otra interesante experiencia viajera, esta vez desde Mendoza a Buenos Aires, que había tenido lugar un año antes. Otros viajeros, como Groussac o Cané, también realizan comentarios sobre la reelaboración de sus experiencias viajeras³, pero sólo Schmidtmeyer se dirige directamente al lector y al hacerlo torna más interesante su narración.

En los estrechos senderos cordilleranos las mulas constituían el único medio seguro para el transporte de pasajeros y de carga. Todos los viajeros realizan comentarios sobre ellas. Al enfrentar el peligro de una caída en los profundos precipicios debían confiar en las bestias que montaban. Estos animales conocían el sendero perfectamente, eran un medio seguro de transporte y su lentitud permitía al viajero disfrutar del paisaje. Proctor describe en forma interesante el avance de una columna de mulas que, subiendo en zigzag parece que se dirigieran todas en diferentes direcciones cuando en realidad avanzan hacia la misma meta. Las voces de los arrieros que dirigen la recua agregan color y exotismo a la escena y le hacen exclamar: "El conjunto es espectáculo inconcebiblemente salvaje...". En referencia al mismo medio de transporte, el Dr. Eduardo Wilde aprovecha la ocasión para realizar comentarios irónicos, deseando un congreso de mulas para su país, el cual, sin duda, sabría llevar sabiamente por el mejor camino a la nación.

La aventura del cruce fue emprendida por Guinnård con la sola compañía de un perro fiel que, ya viejo y muy cansado, no completó el trayecto. La soledad y la pobreza de este viajero le sirvieron para valorar desde otro punto de vista la calidad de los albergues y la generosidad de los escasos habitantes de la cordillera. En su mayoría, sin embargo, los viajeros iban acompañados de varias personas. Proctor lleva a su esposa, hijo, criadas, arrieros y peones. Su relato se salpica con alusiones al cansancio de las mujeres y a la resistencia y vitalidad de su niño.

Las diferencias idiomáticas entre arrieros y viajeros provocan reacciones diversas. Proctor se siente abrumado por la "jerigonza de los

³ Llamo "reelaboración" al proceso de dar forma literaria a las impresiones del viaje real. Este proceso dará por resultado relatos de viaje en un primer paso de reelaboración. En la medida que la literaturización se aleja de la experiencia real en nuevas reelaboraciones, se convierte en distintas formas literarias: novelas, poemas, cuentos.

arrieros" y disfruta del encuentro con otro inglés que le permite ejercitar su lengua nativa. Para Cané, hispanohablante, la "cantinela" de los arrieros es "incomprensible" y se ve obligado a corregir errores de pronunciación: "Mermejo (Bermejo, se llamará, sin duda)". Caldcleugh deja deslizar pequeñas anécdotas, donde vislumbramos su relación con los arrieros cuya incultura motiva cierta ironía risueña. Por lo general estas gentes sencillas son presentadas como indolentes en el llano pero extremadamente confiables y esforzadas en la cordillera. Su presencia sirve al escritor para señalar la diferencia social que los separa, y, describiéndolos, describirse. Así por ejemplo, Proctor prefiere sufrir un hambre elegante ante el ataque grosero que hacen los peones a las reservas de alimentos.

Con respecto a las paradas que se debían realizar en el viaje diremos que se trataba de evitar los míseros y sucios ranchos y se prefería el campamento al aire libre donde la fatiga del día predisponía a compartir con felicidad el alimento y el vino "aunque sea sudamericano" (Schmidtmeyer). Es en esa oportunidad en que la montaña borra las diferencias sociales anotadas más arriba. El arriero, aunque desconocido, es confiable porque el espacio montañoso purifica y eleva el alma y no permite los sentimientos bajos (de acuerdo con la visión mitificada de este espacio que hace Cané). La posta de Villavicencio es familiar para varios viajeros ingleses debido a la anécdota del hijo de Miers que ya conocen y que repiten. En Uspallata la parada es motivada por el control de aduanas, trámite sin inconvenientes para el extranjero, señal de peligro para el exiliado, y, para Thielmann que viene de Chile, una oportunidad de describir -en digresión anticipadora- al habitante de las pampas. Puente del Inca inevitablemente da origen a descripciones y comentarios sobre otros relatos. El viajero tiene la oportunidad de observar personalmente el paisaje ya conocido de lecturas anteriores y así reelaborar sus imágenes previas. Las "casuchas" (refugios de techo abovedado mandados a construir en la colonia por el virrey del Perú) son mencionadas por todos los viajeros, Haigh se vio obligado a buscar asilo allí atrapado por una tormenta de nieve. Las casuchas representan un espacio cerrado a escala humana en la inmensidad sobrecogedora del espacio natural. En Las cuevas todos comprueban la inexistencia de tales cuevas y Mellet (¿viajero imaginario?) afirma que allí se refugian los

viajeros cubriendo la entrada con cueros. La llegada a la cumbre es, sin duda, un momento decisivo en los relatos. Es el único espacio capaz de despertar emoción verdadera en el irónico relato de Wilde. Es el trayecto que exige el máximo esfuerzo del viajero y crea, por ello, expectativas: se espera contemplar la pampa o todo Chile y se vive la desilusión de encontrar el mismo paisaje a ambos lados. Así Proctor desdice los versos grandilocuentes de Campbell a quien cita, Groussac, las exclamaciones de Perricón, al mismo tiempo que emite un juicio interesante y desmitificador: "Se me ocurre que las separaciones políticas han de ser más sutiles que las de la naturaleza". Para Cané (argentino), sin embargo, el abandonar la cumbre suscita la emoción de pisar suelo extranjero y el recuerdo admirativo de la guerra de la independencia. En Vicuña Subercaseaux (chileno) el espacio del límite real entre su patria y Argentina provoca también sentidas reflexiones sobre la gesta libertadora en la que ambos pueblos participaron unidos, así como comentarios ante el pasado reciente (cruza en 1900) de problemas limítrofes que amenazaron la paz. Estos viajeros argentinos o chilenos experimentan marcados sentimientos de pertenencia o extrañeza al cruzar la frontera. El espacio que atraviesan los hace viajar en el tiempo y el lector con ellos vuelve a momentos pasados. Los cambios políticos a ambos lados de la cordillera que convierten al otro país en un lugar seguro para vivir les da la oportunidad de reflexionar sobre el exilio en el momento de cruzar. Las discusiones sobre límites por parte de ambas naciones son también motivo de reflexión ya que siendo los viajeros, por su naturaleza, agentes de intercambio, resultan, en consecuencia, pacifistas.

Conclusiones

El espacio andino que cruzaron por Uspallata diversos viajeros del siglo pasado continúa en las páginas del siglo XX, pero el viaje ya no es el mismo. El tren, el automóvil, el globo (Bradley), el avión, ponen al viajero en otra relación con el paisaje, con los compañeros de viaje y consigo mismo. El tiempo y el esfuerzo que demandaba antes el cruce produjeron páginas llenas de emoción: el europeo, portador en su intimidad de su espacio nativo, registra sus reacciones ante el espacio

sudamericano. Darwin extraña el otoño inglés, Schmidtmeyer recuerda los montes de Cumberland. La mayoría hace alusión a los Alpes (aún los argentinos que han viajado y vivido tanto en Europa). Algunos anotan sus observaciones del modo más sistemático, otros recomponen sus vivencias buscando el éxito narrativo. Para todos es ocasión de la aventura pintoresca que colorea sus vidas con detalles exóticos. Pero para el argentino y el chileno es, además, ocasión de profundas reflexiones sobre la realidad de su propio país (con ironía, con dolor, con optimismo a veces) sobre el amor a la libertad, sobre las persecuciones políticas que han motivado el exilio, sobre el propio sentimiento de patria al entrar en un espacio extranjero, sobre la posibilidad del entendimiento, la paz y la colaboración de pueblos similares con un pasado común. La cordillera es para ellos, finalmente, un espacio fuera del tiempo y fuera de la guerra donde el alma olvida las bajas pasiones y se magnifica. La existencia de una frontera política en este espacio que es en verdad un límite geográfico contundente no tiene mayor significado para el viajero extranjero, ya que a ambos lados descubre prácticamente el mismo paisaje y el mismo pueblo. Para el hombre argentino o chileno la existencia de un límite está marcada por razones políticas, históricas y psicológicas, y es sentida fuertemente.

De este modo los relatos de viajes sobre el paso de Uspallata, no sólo son parte de la literatura de viajes europea del siglo XIX, sino que abarcan también textos hispanoamericanos los cuales agregan una dimensión diferente a un espacio tradicional. Señalan la existencia de un espacio pintoresco pero también de una frontera real entre dos naciones que todavía un siglo después mantienen vigentes las diferencias y similitudes que los acercan y separan.

RESUMEN

En el siglo XIX el paso de Uspallata era el camino obligado de aquellos que deseaban viajar entre Buenos Aires y Santiago sin aventurarse por el peligroso estrecho de Magallanes. Numerosos son los viajeros que hicieron esta ruta y luego volcaron sus impresiones en tradicionales relatos de viajes. Alemanes, franceses, italianos, principalmente ingleses y también argentinos y chilenos.

El propósito de esta nota es descubrir, a través de los textos de los viajeros que usaron este paso, la riqueza del mismo como espacio literario. La visión de los viajeros extranjeros somete a este paisaje a una continua comparación con sus paisajes más familiares así como con las imágenes previas que poseen sobre el lugar producto de lecturas anteriores al viaje. Para estos viajeros, el espacio cordillerano se presenta como un todo y la existencia, allí, de una frontera carece de importancia. La visión de los viajeros argentinos y chilenos, en cambio, resalta este factor, ya sea porque al viaje lo motiva el exilio, ya por las referencias a tensiones limítrofes entre los dos países. De este modo los relatos de viajes sobre el paso de Uspallata, no sólo son parte de la literatura de viajes europea del siglo XIX, sino que abarcan también textos hispanoamericanos los cuales agregan una dimensión diferente a un espacio tradicional.